

El trabajo de María Cristina Sacristán sigue con el tema de la medicina y la sanidad, y se ocupa de la psiquiatría como profesión, las instituciones dedicadas a estos fines como los hospitales, su estructura reglamentaria y funcionamiento. Sacristán inaugura—con nuevas preguntas— análisis de constitución de los saberes, la historicidad de los mismos y la interacción que existe entre ellos, lo cual la lleva a entender sus componentes y a observar sus conceptos y nociones, así como su trayectoria. La investigación de Sacristán sugiere las interrogantes: ¿cuál es la forma de identificar el discurso científico y cuál es su relación con la disciplina?, ¿se puede hablar de una comunidad científica con un discurso propio?

El trabajo que cierra esta publicación es el de Pablo Piccato, quien hace una reflexión en torno a la concepción y uso de los vocablos que adquieren una determinada conceptualización. Tal es el caso de los *rateros*, toda vez que analiza cómo se llega a interiorizar en los imaginarios. La propuesta resulta novedosa y quizá invitaría a pensar en la diferenciación que hay entre los conceptos jerarquizados y las nociones sociales. En el caso específico de los *rateros*, habría que pensar cuál era la percepción social de ellos en términos de nociones, así como la tensión que se da con los mismos al ser categorizados en planes, programas, legislaciones, etcétera.

Ya para concluir, habría que retomar el mérito que tiene este libro al momento mismo que surgen preguntas y nuevas inquietudes. Una buena investigación es aquella que genera discusión, polémica y nuevas interrogantes. Este es el caso de *Instituciones y ciudad. Ocho estudios históricos sobre la ciudad de México*.

José Ronzón

Universidad Autónoma
Metropolitana, Azcapotzalco

Joan Casanovas Codina, *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*, Madrid, Siglo XXI de España, 2000, 326 p., (mapas, gráficas, cuadros e ilustraciones).

Hasta ahora, la historia política de las clases populares urbanas de Cuba ha merecido poca atención. Una de las virtudes del libro de Joan Casanovas es, precisamente, su dedicación al análisis de las luchas políticas de los trabajadores urbanos en la segunda mitad del siglo XIX y su relación con los acontecimientos políticos y sociales que se desarrollaron en esa Isla, entre los cuales se encuentran

la destrucción del sistema esclavista y su independencia de España.

En este estudio, cuya versión en inglés publicó la Universidad de Pittsburg en 1988 (Joan Casanovas Codina, *Bread, or Bullets! Urban Labor and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1998), el autor combina la historia, la sociología y la política, al mismo tiempo que se apoya en una importante consulta de fuentes documentales, bibliográficas y hemerográficas, a partir de las cuales nos introduce en las estrategias políticas de las clases trabajadoras de Cuba: sus confrontaciones con los dueños del capital y con el poder colonial español, sus proyectos político-sociales y sus ambigüedades iniciales frente a los movimientos independentistas cubanos, así como su conformación social, sus divisiones internas y su desarrollo y transformación política como clase.

El eje de este análisis está dado por los trabajadores urbanos tabacaleros, sin duda que se trataba de mano de obra calificada que formaba parte de una industria que era, y continúa siendo, significativa en la economía cubana; pero también porque dentro de este sector, ellos y los tipógrafos eran quienes poseían mayores niveles de politización y, por lo tanto, de lucha sindical. Prácticamente, ambos fueron el motor

principal del movimiento obrero urbano de Cuba en el periodo estudiado.

Dada la relevancia de la industria tabacalera en esta Isla, el autor hace un llamado de atención y nos señala que, a diferencia del azúcar, el tabaco revela un enorme vacío historiográfico del que bien valdría la pena ponerse al corriente. Sin entrar en detalles, Casanovas muestra algunos indicadores que revelan su importancia en la economía cubana: se trataba de una industria muy vigorosa que se extendió, sobre todo, hacia la parte occidental de la Isla y cuya producción era predominantemente urbana, situación que en buena medida explica el crecimiento demográfico de La Habana. Asimismo, al autor pone en evidencia que en este tipo de labores trabajaban blancos y negros, aspecto poco conocido, puesto que hasta muy recientemente se ha tendido a ubicar a la mano de obra negra como parte fundamental y exclusiva de las plantaciones de caña de azúcar y, en cambio, a la producción y procesamiento de tabaco como ámbito particular de los trabajadores blancos. Por ejemplo, Fernando Ortiz, en su estudio ya clásico, señala que mientras la producción y procesamiento del azúcar requirió de mano de obra esclava hasta bien entrada la década de 1880, el tabaco, en cambio, “fue preferentemente blanco y libre, aparte de algún esclavo negro, sobre

todo ya en el siglo XIX, para ciertas labores de peonaje auxiliar” (Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Las Villas, Universidad Central de Las Villas, 1963, p. 81).

No obstante, Casanovas subraya que, si bien en la industria tabacalera laboraban blancos y negros, el estado liberal español puso especial énfasis en desarrollar una política colonial basada en las divisiones étnicas. Sin duda, a la luz de la estrategia política *divide y vencerás*, se trató de aprovechar al máximo las diferencias existentes entre blancos peninsulares y blancos criollos y, desde luego, entre blancos y negros. Pero el análisis vuelve a centrarse, sobre todo, en la importancia de la actividad política de los torcedores, despalilladores y cigarreros, todos ellos operarios del tabaco.

La administración colonial impuso a las clases trabajadoras y a la sociedad en general, una serie de controles político-ideológicos y de represión que aumentaron en determinadas épocas —principalmente mientras prevalecieron los proyectos anexionistas y durante las guerras de independencia— no obstante, Casanovas hace patente la evolución de la organización y las movilizaciones obreras que, a pesar de la represión, fueron capaces de desarrollarse aprovechando las coyunturas y los momentos de mayor flexibilidad de las políticas coloniales. Por ello, es

importante el análisis minucioso que el autor hace de los gremios y las sociedades de ayuda mutua, de esparcimiento y con fines educativos y culturales, porque mediante ellos se palpa la forma en que las clases trabajadoras van tomando conciencia de las limitaciones políticas que les imponían las diferencias étnicas. Estas diferencias serían dejadas de lado, paulatinamente, en aras de la unidad necesaria para enfrentar tanto a las elites peninsulares, los grandes marquisitas, los comerciantes y los dueños de plantaciones de tabaco, poderosos e influyentes, como a las administraciones españolas en la Isla que respaldaban a dichas elites.

El desenvolvimiento de una conciencia política de lucha y unidad de los trabajadores urbanos se ve reflejado también en las publicaciones diversas, principalmente las del gremio de tabacaleros, en donde escribían los líderes principales del movimiento, entre ellos personajes como José de Jesús Márquez, quien escribía en el famoso periódico obrero de la segunda mitad de la década de 1860, *La Aurora*, o los anarquistas Enrique Roig San Martín y Enrique Messonier Álvarez, quienes escribieron hacia 1880 en *El Obrero*, y el mismo Saturnino Martínez de quien Casanovas muestra paso a paso su innegable parcialidad en favor del integrismo español y, finalmente, su posición en contra del desarrollo del

movimiento anarquista cubano y en favor de los poderosos marxistas.

El autor revisó y analizó con mucho detalle la abundante prensa cubana de la época y, mediante esta inspección, es posible saber que en las luchas obreras de Cuba también participaron las mujeres, si bien en menor medida, considerando las limitaciones que la época les imponía. Es muy importante la referencia que nos aporta, por ejemplo, sobre la conformación de sociedades de apoyo mutuo por parte de mujeres afrocubanas, así como de su participación en la vida pública que era mayor a la manifestada por las mujeres blancas.

Como parte de su explicación, este libro nos acerca al estudio del desarrollo de las ideologías anarquistas en la Isla y la forma en que éstas impulsaron las luchas de las clases trabajadoras. Al respecto, Casanovas aclara que, si bien en Cuba fue importante la influencia del anarquismo peninsular, que era principalmente de tipo colectivista, en la Isla esta ideología tuvo un sello propio, se transformó y se adaptó a las especificidades históricas locales dando como resultado un anarquismo colectivista cubano.

La etapa anarquista del movimiento obrero de Cuba corresponde a una nueva fase a partir de la cual las clases trabajadoras fueron adquiriendo una mayor conciencia de la necesidad de

unión, en consecuencia, se eliminaron definitivamente las barreras entre blancos y negros, al menos en el frente político y sindical, al mismo tiempo que muchos trabajadores peninsulares se desprendían del sindicalismo reformista para acercarse al de los trabajadores criollos anarquistas. También entonces, en medio de nuevas oleadas de represión y de censura gubernamentales, el movimiento obrero pudo decantarse cada vez más del lado de los grupos separatistas que luchaban por la independencia de Cuba.

Un elemento que no debe perderse de vista en esta lectura es el de las luchas de los trabajadores tabacaleros cubanos emigrados en Estados Unidos, en La Florida y Nueva York, principalmente, y su relación con el movimiento protagonizado por los trabajadores de la Isla. El autor destaca las influencias políticas mutuas y la solidaridad de clase en este estudio que concluye con el apoyo, sin ambages, de ambos movimientos a la causa separatista.

En un esfuerzo de integración de los diversos componentes que explican la historia laboral de Cuba, esta obra nos muestra también las respuestas diversas que los dueños del capital dieron a las luchas obreras y al declive y posterior terminación de la esclavitud. Asimismo, aunque el estudio de Casanovas se centra en el desarrollo político de las clases trabajadoras, por medio de su

análisis se puede obtener información de los conflictos por los que atravesaba el gobierno español en la Península, sobre todo de los acontecimientos que incidían directa o indirectamente en los ámbitos económico, social y político de la Isla.

Es importante destacar las novedosas ilustraciones que este trabajo presenta, muchas de las cuales son reproducciones de la obra de Samuel Hazard de la segunda mitad del siglo XIX, *Cuba with Pen and Pensil*, Chicago, Pitkin & Parker, 1871.

Conviene agregar, por último, la sugerencia que el autor hace de continuar profundizando con el estudio de la historia del trabajo y el sindicalismo en Cuba, aunque también refiere, de paso, a otros temas que a menudo son olvidados, tales como la esclavitud urbana en el Caribe hispano, el desarrollo de la industria tabacalera y su posición en el mercado mundial de la época, la relación existente entre la industria del tabaco y el crecimiento urbano y demográfico de las ciudades cubanas, principalmente de La Habana, el desempeño de los trabajadores asiáticos en las ciudades y el mercado laboral femenino, entre otros.

María del Socorro Herrera B.
Universidad Autónoma
Metropolitana, Iztapalapa

Leticia Bobadilla González, *La revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México, 1895-1898*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, 260 p.

En los tiempos peliagudos en que andan dos a las greñas, nos hemos de hablar con señas como si fuéramos mudos.¹

Leticia Bobadilla dice que Andrés Clemente Vázquez, cónsul mexicano en La Habana, juzgó:

[...] con desenfado [...] a sus enemigos, ambicionó altos cargos públicos, deseó que la crítica literaria lo favoreciera en sus escritos y, sobre todo, aspiró a convertir la representación diplomática mexicana en algo muy elevado, respetable, digno de brillar en el mundo frente a los consulados de otros países (p. 29).

Con desenfado, podría decirse, describe a un interesantísimo personaje de la diplomacia mexicana. Pero no sólo don Clemente es objeto de este tratamiento, la autora también se mueve con desenfado en los tres ámbitos que componen la estructura de su análisis:

¹ *El Hijo del Ahuizote*, 15 de mayo de 1989. Expresa de manera lúdica la posición oficial mexicana de neutralidad que se quería imponer a toda la sociedad.